



Jack London
El Cañadón todo
Oro

E LEJANDRIA



Jack London
El Cañadón todo
Oro

E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

EL CAÑADÓN TODO ORO

JACK LONDON

PUBLICADO: 1905
FUENTE: AMERICANLITERATURE.COM
TRADUCTOR: ELEJANDRÍA

EL CAÑADÓN TODO ORO

JACK LONDON

Era el corazón verde del cañón, donde las paredes se desviaban del plan rígido y aliviaban su aspereza de líneas formando un pequeño rincón protegido y llenándolo hasta el borde de dulzura, redondez y suavidad. Aquí todo descansaba. Incluso el estrecho arroyo cesaba su turbulento descenso el tiempo suficiente para formar una tranquila poza. Hasta las rodillas en el agua, con la cabeza inclinada y los ojos medio cerrados, dormitaba un ciervo de pelaje rojizo y numerosos cuernos.

A un lado, comenzando en el mismo borde de la poza, había un diminuto prado, una superficie fresca y elástica de verde que se extendía hasta la base de la pared ceñuda. Más allá de la poza, una suave pendiente de tierra ascendía y ascendía para encontrarse con la pared opuesta. Hierba fina cubría la pendiente, hierba salpicada de flores, con parches de color aquí y allá: naranja, púrpura y dorado. Abajo, el cañón estaba cerrado. No había vista. Las paredes se inclinaban juntas abruptamente y el cañón terminaba en un caos de rocas, cubiertas de musgo y ocultas por una pantalla verde de enredaderas, trepadoras y ramas de árboles. Arriba del cañón se alzaban colinas y picos lejanos, las grandes estribaciones, cubiertas de pinos y remotas. Y mucho más allá, como nubes en el borde del

cielo, se alzaban minaretes blancos, donde las nieves eternas de la Sierra destellaban austeramente los resplandores del sol.

No había polvo en el cañón. Las hojas y las flores estaban limpias y virginales. La hierba era terciopelo joven. Sobre la poza, tres álamos dispersaban sus vellones escamosos que flotaban en el aire tranquilo. En la pendiente, las flores del manzanita de madera rojiza llenaban el aire con olores primaverales, mientras que las hojas, sabias por experiencia, ya comenzaban su giro vertical contra la aridez venidera del verano. En los espacios abiertos de la pendiente, más allá del alcance más lejano de la sombra del manzanita, se alzaban los lirios mariposa, como tantos vuelos de polillas enjoyadas súbitamente detenidas y al borde de temblar y volver a volar. Aquí y allá, ese arlequín de los bosques, el madroño, permitiéndose ser atrapado en el acto de cambiar su tronco verde guisante a rojo óxido, exhalaba su fragancia al aire desde grandes racimos de campanas cerosas. Estas campanas eran de un blanco cremoso, con forma de lirios del valle, con la dulzura del perfume que es de la primavera.

No había un suspiro de viento. El aire estaba adormilado con su carga de perfume. Era una dulzura que habría sido empalagosa si el aire hubiera sido pesado y húmedo. Pero el aire era agudo y fino. Era como luz de estrellas transmutada en atmósfera, atravesada y calentada por la luz del sol, y empapada de dulzura floral.

De vez en cuando, una mariposa flotaba dentro y fuera a través de los parches de luz y sombra. Y de todas partes surgía el zumbido bajo y soñoliento de las abejas montañesas: sibaritas festivos que se empujaban unos a otros de buena gana en la mesa, sin encontrar tiempo para groseras descortesías. Tan silenciosamente goteaba y susurraba el pequeño arroyo en su camino a través del cañón que hablaba solo en murmullos tenues y ocasionales. La voz del arroyo era como un susurro adormilado, interrumpido siempre por cabeceos y silencios, siempre alzándose de nuevo en los despertares.

El movimiento de todas las cosas era un fluir en el corazón del cañón. La luz del sol y las mariposas flotaban dentro y fuera entre

los árboles. El zumbido de las abejas y el susurro del arroyo eran un fluir de sonido. Y el sonido flotante y el color flotante parecían tejerse juntos en la creación de un delicado e intangible tejido que era el espíritu del lugar. Era un espíritu de paz que no era de muerte, sino de vida de pulso suave, de quietud que no era silencio, de movimiento que no era acción, de reposo que estaba lleno de existencia sin ser violento con lucha y trabajo. El espíritu del lugar era el espíritu de la paz de los vivos, somnoliento con la facilidad y el contento de la prosperidad, y no perturbado por rumores de guerras lejanas.

El ciervo de pelaje rojizo y numerosos cuernos reconocía el señorío del espíritu del lugar y dormitaba hasta las rodillas en la fresca y sombreada poza. Parecía no haber moscas que lo molestaran y estaba lánguido de descanso. A veces sus orejas se movían cuando el arroyo despertaba y susurraba; pero se movían perezosamente, con el conocimiento previo de que era meramente el arroyo volviéndose locuaz al descubrir que había dormido.

Pero llegó un momento en que las orejas del ciervo se alzaron y tensaron con rápida ansiedad por el sonido. Su cabeza se volvió hacia abajo del cañón. Sus sensibles y temblorosas fosas nasales olfatearon el aire. Sus ojos no podían penetrar la pantalla verde a través de la cual el arroyo se alejaba ondulando, pero a sus oídos llegaba la voz de un hombre. Era una voz monótona y sostenida, una especie de canto que se volvía distinto con la cercanía, de modo que se podían oír las palabras:

"Date la vuelta y vuelve tu rostro
Hacia esas dulces colinas de gracia
(Los poderes del pecado estás desdeñando!).
Mira alrededor y mira en derredor,
Lanza tu carga de pecados al suelo
(Te encontrarás con el Señor en la mañana!)."

Un sonido de forcejeo acompañó la canción, y el espíritu del lugar huyó sobre los talones del ciervo de pelaje rojizo. La pantalla verde se abrió en dos, y un hombre asomó la cabeza al prado y la poza y la ladera inclinada. Era un hombre deliberado. Contempló la escena con una mirada abarcadora, luego recorrió los detalles con los ojos para verificar la impresión general. Entonces, y solo entonces, abrió la boca en una aprobación vívida y solemne:

"¡Humo de vida y serpientes del purgatorio! ¡Mira eso! ¡Madera y agua y hierba y una ladera! ¡La delicia de un buscador de vetas y el paraíso de un cayuse! ¡Verde fresco para ojos cansados! Las píldoras rosadas para personas pálidas no tienen nada que hacer aquí. ¡Un pastizal secreto para buscadores y un lugar de descanso para burros cansados, maldita sea!"

Era un hombre de tez arenosa en cuyo rostro la cordialidad y el humor parecían las características más destacadas. Era un rostro móvil, que cambiaba rápidamente con el estado de ánimo y pensamiento interior. Pensar en él era un proceso visible. Las ideas cruzaban su rostro como ráfagas de viento a través de la superficie de un lago. Su cabello, escaso y de crecimiento desordenado, era tan indeterminado y sin color como su tez. Parecería que todo el color de su figura había ido a sus ojos, pues eran sorprendentemente azules. Además, eran ojos risueños y alegres, en ellos mucho de la ingenuidad y el asombro del niño; y sin embargo, de manera no agresiva, contenían mucha autoconfianza tranquila y fuerza de propósito fundada en la experiencia propia y la experiencia del mundo.

Desde la pantalla de enredaderas y trepadoras arrojó delante de él un pico de minero, una pala y una batea para oro. Luego salió él mismo al aire libre. Estaba vestido con overoles descoloridos y camisa negra de algodón, con botas gruesas con clavos en los pies, y en la cabeza un sombrero cuya falta de forma y manchas anunciaban el duro uso del viento, la lluvia, el sol y el humo del campamento. Se puso erguido, viendo con ojos abiertos el secreto de la escena e inhalando sensualmente el cálido y dulce aliento del

jardín del cañón a través de fosas nasales que se dilataban y temblaban de deleite. Sus ojos se entrecerraron hasta convertirse en rendijas risueñas de azul, su rostro se cubrió de alegría y su boca se curvó en una sonrisa mientras exclamaba en voz alta:

"¡Saltando dientes de león y alegres malvarrosas, pero eso huele bien para mí! ¡Habla de tu agua de rosas y las fábricas de colonia! ¡No tienen nada que hacer aquí!"

Tenía el hábito de soliloquiar. Sus rápidas expresiones faciales podían contar cada pensamiento y estado de ánimo, pero la lengua, forzosamente, corría detrás, repitiendo, como un segundo Boswell.

El hombre se acostó en el borde de la poza y bebió larga y profundamente de su agua. "Me sabe bien", murmuró, levantando la cabeza y mirando al otro lado de la poza hacia la ladera, mientras se limpiaba la boca con el dorso de la mano. La ladera atrajo su atención. Aún acostado boca abajo, estudió la formación de la colina larga y cuidadosamente. Era un ojo experimentado el que recorría la pendiente hasta la desmoronada pared del cañón y de regreso hacia el borde de la poza. Se puso de pie y favoreció la ladera con un segundo examen.

"Me parece bien", concluyó, recogiendo su pico, pala y batea.

Cruzó el arroyo debajo de la poza, pisando ágilmente de piedra en piedra. Donde la ladera tocaba el agua, cavó una palada de tierra y la puso en la batea. Se agachó, sosteniendo la batea con ambas manos y sumergiéndola parcialmente en el arroyo. Luego impartió a la batea un movimiento circular hábil que hacía que el agua entrara y saliera a través de la tierra y la grava. Las partículas más grandes y ligeras subían a la superficie, y estas, con un movimiento hábil de inmersión de la batea, las derramaba sobre el borde. Ocasionalmente, para acelerar las cosas, descansaba la batea y con los dedos sacaba los guijarros grandes y trozos de roca.

El contenido de la batea disminuía rápidamente hasta que solo quedaba tierra fina y los pedacitos más pequeños de grava. En esta etapa comenzó a trabajar muy deliberada y cuidadosamente. Era un

lavado fino, y él lavaba fino y más fino, con un escrutinio agudo y un toque delicado y meticoloso. Al fin, la batea parecía vacía de todo excepto agua; pero con un rápido movimiento semicircular que hacía que el agua volara sobre el borde poco profundo hacia el arroyo, dejó al descubierto una capa de arena negra en el fondo de la batea. Tan delgada era esta capa que parecía una raya de pintura. La examinó de cerca. En medio de ella había una diminuta mota dorada. Vertió un poco de agua sobre el borde deprimido de la batea. Con un rápido movimiento envió el agua deslizándose por el fondo, volteando los granos de arena negra una y otra vez. Una segunda diminuta mota dorada recompensó su esfuerzo.

El lavado se había vuelto muy fino, más fino de lo necesario en la minería de placeres ordinaria. Trabajó la arena negra, una pequeña porción a la vez, hacia el borde poco profundo de la batea. Cada pequeña porción la examinaba cuidadosamente, de modo que sus ojos veían cada grano antes de permitir que se deslizara por el borde y se alejara. Celosamente, poco a poco, dejaba que la arena negra se deslizara. Una mota dorada, no más grande que la punta de un alfiler, apareció en el borde, y mediante su manipulación regresó al fondo de la batea. Y de esta manera se reveló otra mota, y otra. Grande era su cuidado con ellas. Como un pastor, reunía su rebaño de motas doradas para que ninguna se perdiera. Al final, de la batea de tierra no quedó nada más que su rebaño dorado. Lo contó y luego, después de todo su trabajo, lo lanzó volando de la batea con un remolino final de agua.

Pero sus ojos azules brillaban de deseo al ponerse de pie. "Siete", murmuró en voz alta, afirmando la suma de las motas por las que había trabajado tan duro y que había arrojado tan caprichosamente. "Siete", repitió, con el énfasis de quien intenta impresionar un número en su memoria.

Permaneció quieto un largo rato, contemplando la ladera. En sus ojos había una curiosidad, recién despertada y ardiente. Había una exultación en su porte y una agudeza como la de un animal cazador captando el fresco olor de la presa.

Se movió río abajo unos pasos y tomó una segunda batea de tierra.

De nuevo vino el cuidadoso lavado, el celoso cuidado de las motas doradas y la caprichosidad con la que las lanzaba al arroyo cuando había contado su número.

"Cinco", murmuró, y repitió, "cinco".

No pudo evitar otro examen de la colina antes de llenar la batea más abajo en el arroyo. Sus rebaños dorados disminuyeron. "Cuatro, tres, dos, dos, uno", fueron sus tabulaciones de memoria mientras avanzaba río abajo. Cuando solo una mota de oro recompensó su lavado, se detuvo y encendió un fuego de ramas secas. En él introdujo la batea y la quemó hasta que estuvo azul-negra. La sostuvo y la examinó críticamente. Luego asintió con aprobación. Contra un fondo de color así, podía desafiar a la mota amarilla más diminuta a eludirlo.

Aún avanzando río abajo, volvió a lavar. Una sola mota fue su recompensa. Una tercera batea no contenía oro en absoluto. No satisfecho con esto, lavó tres veces más, tomando sus paladas de tierra a un pie una de otra. Cada batea resultó vacía de oro, y el hecho, en lugar de desanimarlo, pareció darle satisfacción. Su alegría aumentó con cada lavado estéril, hasta que se levantó exclamando jubiloso:

"¡Si no es la cosa real, que Dios me arranque la cabeza con manzanas agrias!"

Regresando al lugar donde había comenzado las operaciones, comenzó a lavar río arriba. Al principio sus rebaños dorados aumentaron, aumentaron prodigiosamente. "Catorce, dieciocho, veintiuno, veintiséis", fueron sus tabulaciones de memoria. Justo encima de la poza encontró su batea más rica: treinta y cinco colores.

"Casi suficiente para guardar", comentó con pesar mientras permitía que el agua se los llevara.

El sol escaló la cima del cielo. El hombre siguió trabajando. Batea tras batea, avanzó río arriba, el recuento de resultados disminuyendo constantemente.

"Es simplemente hermoso cómo se acaba", exultó cuando una palada de tierra no contenía más que una sola mota de oro.

Y cuando no se encontraron motas en varias bateas, se enderezó y favoreció la ladera con una mirada confiada.

"¡Ah, ja! ¡Señor Bolsillo!", gritó, como si se dirigiera a un auditor oculto en algún lugar encima de él bajo la superficie de la pendiente. "¡Ah, ja! ¡Señor Bolsillo! ¡Voy a por usted, voy a por usted, y seguro que lo voy a atrapar! ¿Me oye, Señor Bolsillo? ¡Voy a atraparle tan seguro como que las calabazas no son coliflores!"

Se volvió y lanzó una mirada medida al sol posado sobre él en el azul del cielo sin nubes. Luego descendió el cañón, siguiendo la línea de agujeros que había hecho al llenar las bateas. Cruzó el arroyo debajo de la poza y desapareció a través de la pantalla verde. Había poca oportunidad para que el espíritu del lugar regresara con su quietud y reposo, pues la voz del hombre, alzada en una canción de ragtime, aún dominaba el cañón con posesión.

Después de un tiempo, con un mayor choque de pies calzados con acero sobre la roca, regresó. La pantalla verde estaba tremendamente agitada. Se agitaba de un lado a otro en las convulsiones de una lucha. Había un fuerte chirrido y clangor de metal. La voz del hombre saltó a un tono más alto y estaba aguda con imperatividad. Un gran cuerpo se lanzó y jadeó. Hubo un crujido y desgarró y rompimiento, y en medio de una lluvia de hojas que caían, un caballo irrumpió a través de la pantalla. Sobre su lomo había una carga, y de esta colgaban enredaderas rotas y trepadoras desgarradas. El animal miró con ojos asombrados la escena en la que había sido precipitado, luego bajó la cabeza a la hierba y comenzó a pastar contento. Un segundo caballo apareció a la vista, resbalando una vez en las rocas musgosas y recuperando el equilibrio cuando sus cascos se hundieron en la superficie blanda del

prado. No tenía jinete, aunque en su lomo había una silla mexicana de alto cuerno, marcada y descolorida por el largo uso.

El hombre cerraba la marcha. Tiró de la carga y la silla, con ojo para la ubicación del campamento, y dio a los animales su libertad para pastar. Desempacó su comida y sacó una sartén y una cafetera. Reunió un brazo de leña seca y con unas pocas piedras hizo un lugar para su fuego.

"¡Vaya!", dijo, "pero tengo apetito. Podría devorar limaduras de hierro y clavos de herradura y darle las gracias, señora, por una segunda porción".

Se enderezó y, mientras buscaba fósforos en el bolsillo de sus overoles, sus ojos viajaron a través de la poza hasta la ladera. Sus dedos habían agarrado la caja de fósforos, pero relajaron su agarre y la mano salió vacía. El hombre vaciló perceptiblemente. Miró sus preparativos para cocinar y miró la colina.

"Creo que le daré otra oportunidad", concluyó, comenzando a cruzar el arroyo.

"No tiene sentido, lo sé", murmuró disculpándose. "Pero retrasar la comida una hora no va a hacer daño, supongo".

Unos pocos pies detrás de su primera línea de bateas de prueba, comenzó una segunda línea. El sol descendió por el cielo occidental, las sombras se alargaron, pero el hombre siguió trabajando. Comenzó una tercera línea de bateas de prueba. Estaba cruzando la ladera en corte transversal, línea por línea, mientras ascendía. El centro de cada línea producía las bateas más ricas, mientras que los extremos venían donde no aparecían colores en la batea. Y a medida que ascendía la ladera, las líneas se hacían perceptiblemente más cortas. La regularidad con que disminuía su longitud servía para indicar que en algún lugar de la pendiente la última línea sería tan corta que apenas tendría longitud, y que más allá solo podría venir un punto. El diseño se estaba convirtiendo en una "V" invertida. Los lados convergentes de esta "V" marcaban los límites de la tierra aurífera.

El ápice de la "V" era evidentemente el objetivo del hombre. A menudo recorría con la mirada los lados convergentes y hacia arriba en la colina, tratando de adivinar el ápice, el punto donde la tierra aurífera debía cesar. Aquí residía el "Señor Bolsillo", pues así el hombre se dirigía familiarmente al punto imaginario encima de él en la pendiente, gritando:

"¡Baja de ahí, Señor Bolsillo! ¡Sé muy listo y agradable, y baja!"

"Está bien", añadía más tarde, con voz resignada pero decidida. "Está bien, Señor Bolsillo. Me parece claro que tengo que subir y sacarte a rastras. ¡Y lo haré! ¡Lo haré!", amenazaba aún más tarde.

Cada batea la llevaba al agua para lavar, y a medida que subía más en la colina, las bateas se volvían más ricas, hasta que comenzó a guardar el oro en una lata vacía de polvo de hornear que llevaba descuidadamente en el bolsillo trasero. Tan absorto estaba en su labor que no notó el largo crepúsculo de la noche que se acercaba. No fue hasta que intentó en vano ver los colores dorados en el fondo de la batea que se dio cuenta del paso del tiempo. Se enderezó abruptamente. Una expresión de asombro y admiración se extendió por su rostro mientras decía con tono arrastrado:

"¡Caray, si no olvidé la cena por completo!"

Tropezó al cruzar el arroyo en la oscuridad y encendió su fuego largamente retrasado. Tortitas y tocino y frijoles recalentados constituyeron su cena. Luego fumó una pipa junto a las brasas humeantes, escuchando los sonidos de la noche y viendo la luz de la luna fluir a través del cañón. Después desenrolló su cama, se quitó los pesados zapatos y se subió las mantas hasta la barbilla. Su rostro mostraba blanco a la luz de la luna, como el rostro de un cadáver. Pero era un cadáver que conocía su resurrección, pues el hombre se incorporó repentinamente sobre un codo y miró hacia su ladera.

"Buenas noches, Señor Bolsillo", llamó soñoliento. "Buenas noches".

Durmió durante el gris temprano de la mañana hasta que los rayos directos del sol golpearon sus párpados cerrados, cuando

despertó de un sobresalto y miró a su alrededor hasta que estableció la continuidad de su existencia e identificó su yo presente con los días vividos anteriormente.

Para vestirse, solo tenía que abrocharse los zapatos. Miró su fogata y su ladera, vaciló, pero combatió la tentación y encendió el fuego.

"Mantén la camisa puesta, Bill; mantén la camisa puesta", se amonestó a sí mismo. "¿De qué sirve apresurarse? No hay necesidad de ponerse todo acalorado y sudoroso. El Señor Bolsillo te esperará. No se va a escapar antes de que puedas desayunar. Ahora, lo que quieres, Bill, es algo fresco en tu menú. Así que te toca ir y conseguirlo".

Cortó un palo corto en la orilla del agua y sacó de uno de sus bolsillos un trozo de sedal y una mosca deshilachada que una vez había sido un "royal coachman".

"Tal vez piquen temprano en la mañana", murmuró, mientras hacía su primer lanzamiento en la poza. Y un momento después estaba gritando alegremente: "¿Qué te dije, eh? ¿Qué te dije?"

No tenía carrete ni ninguna inclinación a perder tiempo, y con fuerza bruta, y rápidamente, sacó del agua una trucha brillante de diez pulgadas. Tres más, capturadas en rápida sucesión, proporcionaron su desayuno. Cuando llegó a las piedras para cruzar en su camino a su ladera, le vino un pensamiento repentino y se detuvo.

"Mejor debería dar un paseo río abajo un poco", dijo. "No se sabe qué maldito puede estar husmeando por ahí".

Pero cruzó sobre las piedras y con un "Realmente debería dar ese paseo", la necesidad de la precaución pasó de su mente y se puso a trabajar.

Al anochecer se enderezó. La parte baja de su espalda estaba rígida por el trabajo inclinado, y mientras ponía su mano detrás de él para calmar los músculos protestantes, dijo:

"¿Qué piensas de eso, maldita sea? ¡Olvidé mi almuerzo de nuevo! Si no tengo cuidado, seguro que me convertiré en un maniático de dos comidas al día".

"Los bolsillos son las cosas más condenadas que he visto para hacer que un hombre se vuelva distraído", comentó esa noche, mientras se metía en sus mantas. Tampoco olvidó llamar a la ladera: "¡Buenas noches, Señor Bolsillo! ¡Buenas noches!"

Levantándose con el sol y tomando un desayuno rápido, estaba temprano en el trabajo. Una fiebre parecía estar creciendo en él, ni la creciente riqueza de las bateas calmaba esta fiebre. Había un rubor en su mejilla aparte del que producía el calor del sol, y estaba ajeno a la fatiga y al paso del tiempo. Cuando llenaba una batea con tierra, corría colina abajo para lavarla; ni podía evitar correr colina arriba de nuevo, jadeando y tropezando profanamente, para rellenar la batea.

Ahora estaba a cien yardas del agua, y la "V" invertida estaba asumiendo proporciones definidas. El ancho de la tierra aurífera disminuía constantemente, y el hombre extendía en su mente los lados de la "V" hasta su punto de encuentro más arriba en la colina. Este era su objetivo, el ápice de la "V", y bateaba muchas veces para localizarlo.

"Justo unas dos yardas por encima de ese arbusto de manzanita y una yarda a la derecha", concluyó finalmente.

Entonces la tentación lo atrapó. "Es tan claro como la nariz en tu cara", dijo, mientras abandonaba su laborioso corte transversal y subía al ápice indicado. Llenó una batea y la llevó colina abajo para lavar. No contenía rastro de oro. Cavó profundo y cavó superficial, llenando y lavando una docena de bateas, y no fue recompensado ni siquiera con la más diminuta mota dorada. Se enfureció por haber cedido a la tentación, y se maldijo a sí mismo blasfemamente y sin orgullo. Luego bajó la colina y retomó el corte transversal.

"Lento y seguro, Bill; lento y seguro", canturreó. "Los atajos a la fortuna no son lo tuyo, y es hora de que lo sepas. Sé sabio, Bill; sé

sabio. Lento y seguro es la única mano que puedes jugar; así que ve a ello, y mantente en ello también".

A medida que los cortes transversales disminuían, mostrando que los lados de la "V" convergían, la profundidad de la "V" aumentaba. El rastro de oro se hundía en la colina. Solo a treinta pulgadas bajo la superficie podía obtener colores en su batea. La tierra que encontró a veinticinco pulgadas de la superficie, y a treinta y cinco pulgadas, le daba bateas vacías. En la base de la "V", junto al agua, había encontrado los colores de oro en las raíces de la hierba. Cuanto más subía la colina, más profundo se hundía el oro.

Cavar un hoyo de tres pies de profundidad para obtener una batea de prueba no era una tarea de poca magnitud; mientras que entre el hombre y el ápice se interponía un número incontable de tales hoyos por hacer. "Y no hay forma de saber cuánto más profundo se hundirá", suspiró, en un momento de pausa, mientras sus dedos calmaban su espalda dolorida.

Febril con deseo, con la espalda dolorida y los músculos endurecidos, con pico y pala desgarrando y golpeando la suave tierra marrón, el hombre trabajó colina arriba. Delante de él estaba la suave pendiente, salpicada de flores y endulzada con su aliento. Detrás de él estaba la devastación. Parecía una terrible erupción que estallaba en la piel suave de la colina. Su lento progreso era como el de una babosa, ensuciando la belleza con un rastro monstruoso.

Aunque el rastro de oro hundido aumentaba el trabajo del hombre, encontraba consuelo en la creciente riqueza de las bateas. Veinte centavos, treinta centavos, cincuenta centavos, sesenta centavos, eran los valores del oro encontrado en las bateas, y al anochecer lavó su batea bandera, que le dio un dólar de oro en polvo de una palada de tierra.

"Apuesto a que tengo la mala suerte de que algún entrometido venga a meter las narices aquí en mi pastizal", murmuró somnoliento esa noche mientras se subía las mantas hasta la barbilla.

De repente se sentó derecho. "¡Bill!", llamó bruscamente. "Ahora, escúchame, Bill; ¿me oyes? Te toca a ti, mañana por la mañana, dar una vuelta y ver qué puedes ver. ¿Entiendes? Mañana por la mañana, y no lo olvides".

Bostezó y miró hacia su ladera. "Buenas noches, Señor Bolsillo", llamó.

Por la mañana, le ganó al sol, pues había terminado el desayuno cuando sus primeros rayos lo atraparon, y estaba subiendo la pared del cañón donde se desmoronaba y daba apoyo. Desde el mirador en la cima se encontró en medio de la soledad. Hasta donde podía ver, cadena tras cadena de montañas se alzaban en su visión. Al este, sus ojos, saltando las millas entre cordillera y cordillera y entre muchas cordilleras, se detenían finalmente contra los picos blancos de la Sierra, la cresta principal, donde la columna vertebral del mundo occidental se alzaba contra el cielo. Al norte y al sur podía ver más claramente los sistemas transversales que rompían la tendencia principal del mar de montañas. Al oeste, las cordilleras caían, una detrás de otra, disminuyendo y desvaneciéndose en las suaves estribaciones que, a su vez, descendían al gran valle que no podía ver.

Y en toda esa vasta extensión de tierra no vio señal de hombre ni de obra humana, salvo solo el pecho desgarrado de la ladera a sus pies. El hombre miró largo y cuidadosamente. Una vez, muy abajo en su propio cañón, creyó ver en el aire un leve indicio de humo. Miró de nuevo y decidió que era la neblina púrpura de las colinas oscurecida por una convolución de la pared del cañón a sus espaldas.

"¡Eh, usted, Señor Bolsillo!", llamó hacia el cañón. "¡Cuidado allá abajo! ¡Voy por usted, Señor Bolsillo! ¡Voy por usted!"

Las pesadas botas en los pies del hombre lo hacían parecer torpe, pero descendió desde la altura vertiginosa tan ligero y ágil como una cabra montés. Una roca que giró bajo su pie en el borde del precipicio no lo desconcertó. Parecía conocer el tiempo preciso

requerido para que el giro culminara en desastre, y mientras tanto, utilizó el falso apoyo para el contacto momentáneo con la tierra necesario para llevarlo a la seguridad. Donde la tierra se inclinaba tan abruptamente que era imposible mantenerse erguido un segundo, el hombre no dudaba. Su pie presionaba la superficie imposible solo por una fracción del segundo fatal y le daba el impulso que lo llevaba adelante. De nuevo, donde incluso la fracción de segundo de apoyo era imposible, balanceaba su cuerpo pasando con un agarre momentáneo de la mano en un saliente de roca, una grieta o un arbusto arraigado precariamente. Al fin, con un salvaje salto y grito, cambió la cara de la pared por un deslizamiento de tierra y terminó el descenso en medio de varias toneladas de tierra y grava deslizándose.

Su primera batea de la mañana lavó más de dos dólares en oro grueso. Era del centro de la "V". A ambos lados, la disminución en los valores de las bateas era rápida. Sus líneas de agujeros en corte transversal se hacían muy cortas. Los lados convergentes de la "V" invertida estaban a solo unos pocos metros de distancia. Su punto de encuentro estaba solo unos metros más arriba que él. Pero el rastro de oro se hundía más y más en la tierra. A primeras horas de la tarde, estaba hundiendo los agujeros de prueba cinco pies antes de que las bateas pudieran mostrar el rastro de oro.

Por cierto, el rastro de oro se había convertido en algo más que un rastro; era una mina de placer en sí misma, y el hombre resolvió volver después de encontrar el bolsillo y trabajar el terreno. Pero la creciente riqueza de las bateas comenzó a preocuparlo. A última hora de la tarde, el valor de las bateas había aumentado a tres y cuatro dólares. El hombre se rascó la cabeza perplejo y miró unos pocos pies arriba en la colina al arbusto de manzanita que marcaba aproximadamente el ápice de la "V". Asintió con la cabeza y dijo de manera oracular:

"Es una de dos cosas, Bill; una de dos cosas. O el Señor Bolsillo se ha derramado todo colina abajo, o el Señor Bolsillo es tan condenado rico que tal vez no puedas llevarte todo contigo. Y eso

sería el infierno, ¿no sería así ahora?" Se rió al contemplar un dilema tan agradable.

El anochecer lo encontró junto al arroyo, sus ojos luchando con la oscuridad creciente mientras lavaba una batea de cinco dólares.

"Desearía tener una luz eléctrica para seguir trabajando", dijo.

Encontró el sueño difícil esa noche. Muchas veces se compuso y cerró los ojos para que el sueño lo alcanzara; pero su sangre latía con demasiado fuerte deseo, y tantas veces abrió los ojos y murmuró cansadamente: "Desearía que fuera amanecer". El sueño le llegó al final, pero sus ojos se abrieron con el primer palidecer de las estrellas, y el gris del amanecer lo atrapó con el desayuno terminado y subiendo la ladera en dirección al lugar secreto del Señor Bolsillo.

El primer corte transversal que hizo el hombre, había espacio solo para tres agujeros, tan estrecho se había vuelto el rastro aurífero y tan cerca estaba de la fuente del arroyo dorado que había seguido durante cuatro días.

"Cálmate, Bill; cálmate", se amonestó a sí mismo, mientras abría terreno para el hoyo final donde los lados de la "V" finalmente se habían juntado en un punto.

"Te tengo completamente asegurado, Señor Bolsillo, y no puedes perderme", dijo muchas veces mientras hundía el hoyo más y más profundo.

Cuatro pies, cinco pies, seis pies, cavó su camino hacia abajo en la tierra. La excavación se volvió más dura. Su pico raspaba en roca rota. Examinó la roca. "Cuarzo podrido", fue su conclusión mientras, con la pala, limpiaba el fondo del hoyo de tierra suelta. Atacó el cuarzo desmoronado con el pico, rompiendo la roca desintegrada con cada golpe.

Introdujo la pala en la masa suelta. Su ojo captó un brillo de amarillo. Soltó la pala y se agachó repentinamente sobre sus talones. Como un granjero frota la tierra que se adhiere a las papas

recién sacadas, así el hombre, un pedazo de cuarzo podrido sostenido en ambas manos, frotó la tierra.

"¡Sufriendo Sardanápalo!", gritó. "¡Trozos y pedazos de él! ¡Trozos y pedazos de él!"

Era solo media roca la que sostenía en su mano. La otra mitad era oro virgen. Lo dejó caer en su batea y examinó otro pedazo. Poco amarillo se veía, pero con sus dedos fuertes desmoronó el cuarzo podrido hasta que ambas manos estuvieron llenas de amarillo brillante. Frotó la tierra de fragmento tras fragmento, arrojándolos a la batea. Era un hoyo de tesoro. Tanto se había descompuesto el cuarzo que había menos de él que de oro. De vez en cuando encontraba un pedazo al que no se aferraba roca, un pedazo que era todo oro. Un trozo, donde el pico había abierto el corazón del oro, brillaba como un puñado de joyas amarillas, y ladeó la cabeza y lo giró lentamente para observar el rico juego de la luz sobre él.

"¡Habla de tus excavaciones Demasiado Oro!", el hombre resopló con desdén. "¡Pues esta excavación lo haría parecer treinta centavos! Esta excavación es Todo Oro. Y aquí y ahora nombro a este cañón 'Cañón Todo Oro', ¡vaya!"

Aún agachado sobre sus talones, continuó examinando los fragmentos y arrojándolos a la batea. De repente le llegó un presentimiento de peligro. Parecía que una sombra había caído sobre él. Pero no había sombra. Su corazón había dado un gran salto hasta su garganta y lo estaba ahogando. Luego su sangre se enfrió lentamente y sintió el sudor de su camisa frío contra su carne.

No se levantó de un salto ni miró alrededor. No se movió. Estaba considerando la naturaleza del presentimiento que había recibido, tratando de ubicar la fuente de la fuerza misteriosa que lo había advertido, esforzándose por percibir la presencia imperativa de la cosa invisible que lo amenazaba. Hay un aura de cosas hostiles, manifestada por mensajeros refinados para que los sentidos la conozcan; y este aura lo sentía, pero no sabía cómo lo sentía. Su sensación era como cuando una nube pasa sobre el sol. Parecía que

entre él y la vida había pasado algo oscuro y sofocante y amenazante; una penumbra, por así decirlo, que engullía la vida y conducía a la muerte, su muerte.

Todas las fuerzas de su ser lo impulsaban a levantarse de un salto y enfrentar el peligro invisible, pero su alma dominó el pánico y permaneció agachado sobre sus talones, con un trozo de oro en sus manos. No se atrevía a mirar alrededor, pero ahora sabía que había algo detrás de él y por encima de él. Fingió estar interesado en el oro en su mano. Lo examinó críticamente, lo giró y frotó la tierra de él. Y todo el tiempo sabía que algo detrás de él estaba mirando el oro sobre su hombro.

Aún fingiendo interés en el trozo de oro en su mano, escuchó atentamente y oyó la respiración de la cosa detrás de él. Sus ojos buscaron en el suelo delante de él un arma, pero solo vieron el oro desenterrado, inútil para él ahora en su extrema necesidad. Allí estaba su pico, un arma útil en ocasiones; pero esta no era una de esas ocasiones. El hombre se dio cuenta de su situación. Estaba en un estrecho hoyo de siete pies de profundidad. Su cabeza no llegaba a la superficie del suelo. Estaba en una trampa.

Permaneció agachado sobre sus talones. Estaba bastante tranquilo y sereno; pero su mente, considerando cada factor, solo le mostraba su indefensión. Continuó frotando la tierra del cuarzo y arrojando el oro en la batea. No había nada más que pudiera hacer. Sin embargo, sabía que tendría que levantarse, tarde o temprano, y enfrentar el peligro que respiraba a su espalda.

Pasaron los minutos, y con el paso de cada minuto sabía que estaba más cerca del momento en que debía levantarse, o de lo contrario, y su camisa húmeda se enfrió de nuevo contra su carne al pensar en ello, o de lo contrario podría recibir la muerte mientras se inclinaba sobre su tesoro.

Aún así, se agachó sobre sus talones, frotando la tierra del oro y debatiendo de qué manera debía levantarse. Podía levantarse de un salto y trepar fuera del hoyo para enfrentarse a lo que amenazara en

igualdad de condiciones en la superficie. O podía levantarse lentamente y sin cuidado, y fingir descubrir casualmente la cosa que respiraba a su espalda. Su instinto y cada fibra luchadora de su cuerpo favorecían el impulso loco de trepar a la superficie. Su intelecto, y su astucia, favorecían el encuentro lento y cauteloso con la cosa que amenazaba y que no podía ver. Y mientras debatía, un fuerte ruido estalló en su oído. Al mismo instante recibió un golpe aturdidor en el lado izquierdo de la espalda, y desde el punto de impacto sintió una ráfaga de fuego a través de su carne. Saltó en el aire, pero a medio camino hasta sus pies colapsó. Su cuerpo se encogió como una hoja marchita en calor repentino, y cayó, su pecho sobre su batea de oro, su rostro en la tierra y la roca, sus piernas enredadas y retorcidas debido al espacio restringido en el fondo del hoyo. Sus piernas se estremecieron convulsivamente varias veces. Su cuerpo fue sacudido como por una fuerte fiebre. Hubo una lenta expansión de los pulmones, acompañada de un profundo suspiro. Luego el aire fue exhalado lentamente, muy lentamente, y su cuerpo se aplanó lentamente en la inercia.

Arriba, revólver en mano, un hombre miraba hacia abajo sobre el borde del hoyo. Observó durante mucho tiempo el cuerpo tendido e inmóvil debajo de él. Después de un rato, el extraño se sentó en el borde del hoyo de modo que pudiera ver dentro, y descansó el revólver en su rodilla. Alcanzando con la mano un bolsillo, sacó un trozo de papel marrón. En él dejó caer unas migas de tabaco. La combinación se convirtió en un cigarrillo, marrón y rechoncho, con los extremos doblados hacia adentro. Ni una vez apartó los ojos del cuerpo en el fondo del hoyo. Encendió el cigarrillo y aspiró su humo en sus pulmones con una toma de aliento acariciadora. Fumó lentamente. Una vez el cigarrillo se apagó y lo volvió a encender. Y todo el tiempo estudiaba el cuerpo debajo de él.

Al final tiró la colilla del cigarrillo y se puso de pie. Se acercó al borde del hoyo. Abriéndolo, una mano descansando en cada borde, y con el revólver aún en la mano derecha, bajó su cuerpo al hoyo. Mientras sus pies aún estaban a una yarda del fondo, soltó las manos y cayó.

En el instante en que sus pies tocaron el fondo, vio que el brazo del buscador de oro se extendía, y sus propias piernas sintieron un rápido y brusco agarre que lo derribó. En la naturaleza del salto, su mano con el revólver estaba sobre su cabeza. Tan rápido como el agarre había brillado alrededor de sus piernas, tan rápidamente trajo el revólver hacia abajo. Aún estaba en el aire, su caída en proceso de completarse, cuando apretó el gatillo. La explosión fue ensordecedora en el espacio confinado. El humo llenó el hoyo de modo que no podía ver nada. Cayó al fondo sobre su espalda, y como un gato, el cuerpo del buscador estaba sobre él. Incluso mientras el cuerpo del minero pasaba sobre él, el extraño dobló su brazo derecho para disparar; y en ese instante, el minero, con un rápido golpe de codo, golpeó su muñeca. El cañón fue desviado hacia arriba y la bala se hundió en la tierra del lado del hoyo.

Al siguiente instante, el extraño sintió la mano del minero agarrar su muñeca. La lucha ahora era por el revólver. Cada hombre se esforzaba por dirigirlo contra el cuerpo del otro. El humo en el hoyo se estaba despejando. El extraño, acostado sobre su espalda, comenzaba a ver débilmente. Pero de repente fue cegado por un puñado de tierra deliberadamente arrojado a sus ojos por su antagonista. En ese momento de conmoción, su agarre sobre el revólver se rompió. En el siguiente momento sintió que una oscuridad aplastante descendía sobre su cerebro, y en medio de la oscuridad incluso la oscuridad cesó.

Pero el buscador disparó de nuevo y de nuevo, hasta que el revólver estuvo vacío. Luego lo arrojó y, respirando pesadamente, se sentó sobre las piernas del hombre muerto.

El minero sollozaba y luchaba por respirar. "¡Maldito canalla!", jadeó; "¡persiguiendo mi rastro y dejándome hacer el trabajo, y luego disparándome por la espalda!"

Estaba medio llorando de rabia y agotamiento. Miró el rostro del hombre muerto. Estaba salpicado de tierra suelta y grava, y era difícil distinguir los rasgos.

"Nunca antes puse los ojos en él", concluyó su escrutinio. "Solo un ladrón común y corriente, ¡maldita sea! ¡Y me disparó por la espalda! ¡Me disparó por la espalda!"

Abrió su camisa y se palpó, por delante y por detrás, en su lado izquierdo.

"¡Atravesó limpiamente y sin daño!", gritó jubiloso. "¡Apuesto a que apuntó bien, pero movió la pistola al apretar el gatillo, el canalla! ¡Pero lo arreglé! ¡Oh, lo arreglé!"

Sus dedos investigaban el agujero de bala en su costado, y una sombra de pesar pasó por su rostro. "Se va a poner más rígido que el infierno", dijo. "Y me toca arreglarme y salir de aquí".

Salió del hoyo y bajó la colina hasta su campamento. Media hora después regresó, llevando su caballo de carga. Su camisa abierta revelaba los vendajes rudos con los que había tratado su herida. Era lento y torpe con sus movimientos de la mano izquierda, pero eso no le impedía usar el brazo.

El lazo de la cuerda de carga bajo los hombros del hombre muerto le permitió sacar el cuerpo del hoyo. Luego se puso a trabajar recogiendo su oro. Trabajó constantemente durante varias horas, deteniéndose a menudo para descansar su hombro que se endurecía y exclamar:

"¡Me disparó por la espalda, el maldito canalla! ¡Me disparó por la espalda!"

Cuando su tesoro estuvo limpio y envuelto de forma segura en varios paquetes cubiertos con mantas, hizo una estimación de su valor.

"Cuatrocientas libras, o soy un hotentote", concluyó. "Digamos doscientas en cuarzo y tierra, eso deja doscientas libras de oro. ¡Bill! ¡Despierta! ¡Doscientas libras de oro! ¡Cuarenta mil dólares! ¡Y son tuyos, todos tuyos!"

Se rascó la cabeza encantado y sus dedos tropezaron con una hendidura desconocida. Explorar

on a lo largo de ella durante varias pulgadas. Era una hendidura en su cuero cabelludo donde la segunda bala había arado.

Caminó airadamente hacia el hombre muerto.

"¡Lo harías, eh?", amenazó. "¡Lo harías, eh? ¡Bueno, te arreglé bien y te daré un entierro decente también. Eso es más de lo que habrías hecho por mí!"

Arrastró el cuerpo hasta el borde del hoyo y lo empujó dentro. Golpeó el fondo con un golpe sordo, de lado, el rostro retorcido hacia la luz. El minero miró hacia abajo.

"¡Y me disparaste por la espalda!", dijo acusadoramente.

Con pico y pala llenó el hoyo. Luego cargó el oro en su caballo. Era una carga demasiado grande para el animal, y cuando llegó a su campamento transfirió parte de ella a su caballo de silla. Aun así, se vio obligado a abandonar parte de su equipo: pico y pala y batea, comida extra y utensilios de cocina, y diversos objetos.

El sol estaba en el cenit cuando el hombre obligó a los caballos a pasar por la pantalla de enredaderas y trepadoras. Para escalar los enormes cantos rodados, los animales se vieron obligados a levantarse y luchar a ciegas a través de la enmarañada masa de vegetación. Una vez el caballo de silla cayó pesadamente y el hombre quitó la carga para poner al animal de pie. Después de que comenzó de nuevo su camino, el hombre asomó la cabeza entre las hojas y miró hacia la ladera.

"¡El maldito canalla!", dijo, y desapareció.

Hubo un desgarramiento y ruptura de enredaderas y ramas. Los árboles se balancearon de un lado a otro, marcando el paso de los animales a través de ellos. Hubo un choque de cascos herrados contra la piedra, y de vez en cuando una maldición o un agudo grito de mando. Entonces la voz del hombre se alzó en canción:

"Date la vuelta y vuelve tu rostro

Hacia esas dulces colinas de gracia

(Los poderes del pecado estás desdeñando!).

Mira alrededor y mira en derredor,

Lanza tu carga de pecados al suelo

(Te encontrarás con el Señor en la mañana!)."

La canción se desvaneció y más débil, y a través del silencio regresó el espíritu del lugar. El arroyo volvió a adormilarse y susurrar; el zumbido de las abejas montañosas se elevó soñoliento. A través del aire cargado de perfume flotaron los copos nevados de los álamos. Las mariposas flotaban dentro y fuera entre los árboles, y sobre todo brillaba el tranquilo sol. Solo quedaron las huellas de cascos en el prado y la ladera desgarrada para marcar el rastro bullicioso de la vida que había roto la paz del lugar y había pasado.

1. [El cañadón todo oro - Jack London](#)

¡Gracias por leer este libro de
www.elejandria.com!

**Descubre nuestra colección de obras de
dominio público en castellano en nuestra web**